

y murió, pero fue inútil, porque no llevaba en su interior al héroe que redimiera la naturaleza. Este representante del mito vacío de Jonás lastima aún más la pobreza del lugar, ya que cuando llega el recipiente de gracia, llega vacío. El vientre de la ballena y la tierra hubieran podido ser una misma cosa, templo purificado. Pero existe el acto fallido. Por eso la casa de Don Sixto es morada infernal, y la personificación de los guardianes no representa a las potencias del bien, sino que, los cangrejos y el toro-malo son figuraciones de los monstruos del mal. Como Fabio cuenta con adyuvantes y posee cierto grado de iniciación será capaz de afrontar la prueba.

La tierra está abichada, con enfermedad contagiosa. Los cangrejos son del barro, peor aún, del lodo, y no saben caminar de frente. «El barro negro que rodeaba el agua, parecía como picado de viruela. Miles de agujeritos se apretaban en manada unos contra otros. Unos pocos cangrejos paseaban de perfil, como huyendo de un peligro. Me pareció que el suelo debía de sufrir como animal embichado» (pág. 147).

Este ha sido el primer contacto con los guardianes infernales; pero hay un regreso al «...mundo, tirado en el propio dolor de su cuero herido» (pág. 170). Esta vez no va solo, tampoco lo acompaña Don Segundo; el viaje está patrocinado por Patrocinio Salvatierra, quien lo guía de forma que el cangrejal los rodea. Quien desciende no puede llevar guía más propiciatoria que el encargado de salvar la tierra, que por otra parte, es quien se queda con Comadreja, el animal que por astucia o nocturno miedo a la oscuridad infernal, evita el descenso en la primera oportunidad.

7) *Sacrificio del toro-malo*: El fuego maligno está representado por el toro, el fuego del instinto. Fabio vence a la muerte, matando, llenándose las manos de sangre como los cangrejos y teniendo un «cangrejal» propio en el hombro. A diferencia de los cangrejos, él mata lo inferior, para permitir la vida de lo mejor. Mata lo malo: «¡Sos malo!» (pág. 174); termina el sacrificio como un ofrecimiento, la rodilla en tierra; una purificación, pues «... el chorro caliente me bañó el brazo y las verijas» (pág. 174) pero es purificación del iniciado y de la víctima, ya que «... me caí sobre él...» (pág. 174) En este acto están presentes, propiciándolo, la tierra y el aire mediante «un gran silencio de campo y cielo...» (pág. 174).

8) *Identificación del héroe*: Recuerdos. Los recuerdos se atraen, se comunican y se proyectan hacia el futuro. Magia que se materializa en un hombre. El inconciente anticipa dolor. Don Segundo Sombra sabe que su discípulo está preparado para la noticia y la da sin rodeos: «ahí tenés un papel que te va a endilgar en lo cierto mejor que muchas palabras. Gracias h'a Dios no sos mujer ni te has criado a lo niño pa andar espantándote por demás». (pág. 238)

Este es el momento que se repitió en simulacro preparatorio tantas veces: el nacimiento y el reencuentro con el padre. Nacer y encontrar al padre muerto, a un padre autoeliminado que no ofrece rivalidad, produce soledad: «Un extraño sentimiento de soledad me apretaba el alma, como si hubiera querido limitarla a algo chico, demasiado chico». (pág. 238) Termina su camino, su vuelo, su navegación, por eso se baja del caballo, para seguir leyendo. «Idealmente el investido ha sido despojado de su humanidad y representa una fuerza cósmica impersonal. Es que ha nacido dos veces: ahora se

ha convertido en el padre. Y ahora tiene el poder, en consecuencia, de jugar él mismo el papel de iniciador...»⁴.

En lo que se refiere a la función de los cuatro elementos como partícipes de los pasos anteriores, si bien se da el régimen tierra-agua-aire-fuego, las etapas sucesivas no implican pérdida, sino integración. De tal modo, es posible nuclear los siguientes campos asociativos: La tierra es figurada en puente-seno materno; árbol, signo fálico; peludo, profundidad nocturna; banco-cuna, humano cambio del vegetal. El agua es representada como arroyo, laguna, remanso, lluvia; se muestra mezclada con la tierra en el barro; unida con el fuego en el alcohol. Tiene aspectos benéficos y maléficos. Ora colabora con el iniciado, apoyándolo en su iniciativa de superación, o se vuelve en su contra e incita al oponente, que puede ser en un caso la tierra-madre, en otro el aire, a su vez aliado con el fuego en la tormenta. El agua es calle, y se va con las ruedas; es mar, y esteriliza la tierra.

Para ser del aire, Fabio tiene que ver el campanario como ideal caduco. El chambergó, la flecha, el tábano, son aire y corrobóran el vuelo. Don Segundo es aire de fuego. Para pertenecer al aire, Fabio necesita poseer y luego superar la espuela-ala, que es dominar al caballo-aire-fuego. Necesita reivindicar al gallo-igneo, alado, pero frustrado en su vocación, carente de la imaginación que otorga el ensueño.

El fuego está encerrado en la caja de fósforos, encarnado en el pañuelo de Aurora, en el cigarrillo, fuego de aire que respira el iniciado. Fuego es el de las estrellas-chispas que, nocturnas compiten con el sol; el fuego es en la ginebra y en el cobre de las caras. Fuego en la sangre, la ensoñación y el cuento. Para superarse, Fabio tiene que quemarse con el agua y lavarse con el fuego. Para cumplir su destino, tiene que encontrar la senda rectilínea que lo aleje de los cangrejos infernales, incapaces de profesión de brújula. Para cumplir su destino, como culminación, deberá recibir un nombre: de guacho, de anónimo, pasa a ser gaucho, que es ser héroe, y por fin, Fabio Cáceres hijo, que es ser amo, dueño, sobre todo y fundamentalmente de sí.

Sólo cuando deben separarse adyuvante y sujeto, aparece una clara noción de tiempo medurado: las cinco en el reloj; los cuatro elementos fundidos en la noción de espacio reciben el complemento de una nueva dimensión: el tiempo. Ha concluido un ciclo de ciclos: el héroe se reincorpora a la vida cotidiana.

Por lo anterior se concluye que, en el plan de la obra, se plantea para Fabio una serie de trabajos de iniciación, en los que Don Segundo oficia de sacerdote-guía. Ahora bien, hasta aquí, el proceso se analiza desde una perspectiva a la vez que personal, conjugada en lo genérico humano. En forma complementaria corresponde ver esa trayectoria inscripta en el marco del rol social que juega, según el status heredado del padre.

Una lectura no simbólica del texto muestra a Fabio en el tránsito de la adolescencia a la juventud; recorre los campos bonaerenses, en un aprendizaje acabado, completo, minucioso, de «resero». Aprende las tareas que lo hacen competente para un sistema ganadero fundamentado en las pasturas naturales (requisito: el latifundio) y no la cría a corral. Por eso las grandes extensiones. Por eso se habla de «estancias». La estancia es

⁴ CAMPBELL, JOSEPH: *El Héroe de las Mil Caras*; Edit. F.C.E., México, 1959, pág. 128.

el establecimiento típico en el que la riqueza es de uno y la desposesión y el trabajo de muchos.

La modalidad educativa aplicada con Fabio no fue inusual en esos territorios. Lo atestiguan textos como *El paisano Aguilar* de Enrique Amotin en Uruguay, o *Gran Señor y Rajadiablos* de Eduardo Barrios en Chile. El fundamento debe buscarse en la concepción de que sólo entendiendo vivencialmente la indiosincracia del paisano, manejando acabadamente la técnica del trabajo, se está en condiciones de imponer la autoridad sobre el campesino; ese respeto se logra porque por encima de ser «dueño» se es «gaucho».

Don Segundo es el mejor maestro posible, pero él y Fabio no pertenecen a la misma clase social. Don Segundo es tan cabal en su tarea que sustenta la misma ideología de los dominantes, para seguir dominando. Existe un destino ciego, una especie de suerte que dispone el mundo por siempre jamás. No se puede cambiar el orden dado. Y este tipo de concepción se encuentra reproducido en Fabio; la lucha es para adaptarse mejor al orden, no para cambiarlo: «¡Suerte! ¡Suerte! ¡No hay más que mirarte en la cara y aceptarte linga o fea, como se te dé la gana venir!» (pág. 229).

Para su «bien» el resero tiene la vida demasiado cerca como para perderse en cavilaciones de índole acobardadora. La necesidad de luchar continuamente no le da tiempo para atardarse en derrotas; o sigue, o afloja del todo; dejarse ablandar por una pasajera amargura, lo expone a tomar el gran trago de todo cimarrón que se acoquina: la muerte. Una medida grande de fe le es necesaria en cada momento, y tiene que sacarla de adentro, cueste lo que cueste, porque la pampa es un callejón sin salida para el flojo. La ley del fuerte es quedarse con la suya o irse definitivamente (pág. 229).

Fabio es el hijo del patrón; el proceso por el que acepta su condición es sintomático y se puede resumir en los pasos siguientes:

1.º) *Rebeldía y rechazo*: «... Yo no soy hijo de nadie y de nadie tengo que recibir consejos, ni plata, ni un nombre tan siquiera» (pág. 239).

2.º) *Agravio al padre*: «... que andaba de güen mozo por los puestos, sin mucha vergüenza?» (pág. 239) La réplica aleccionadora de Don Segundo aclara «...Tu padre ni andaba de florcita con las mozas, ni faltaba de vergüenza. Tu padre era un hombre rico como todos los ricos y no había más mal en él» (pág. 239). Fabio cavila sobre este incipiente asomo de crítica. Pero en Don Segundo no existe el ánimo de provocar rechazo cuando revela la condición de «rico»; Fabio se pregunta: «qué mal era ese?» (pág. 239); el posible cuestionamiento se pierde porque el orden implica que se recibe esa condición.

3.º) *Análisis anticipado de las actitudes que asumirá cuando se oficialice su «herencia»*: «... Me veía frente a Don Leandro, rehusando con altanería mi herencia... Si en vida del finao —decía yo— no ha sabido reconocirme como hijo, yo áura lo desconozco como padre». Me encontraba en mis posesiones como un hombre de ley, dictándole mis propósitos de hacer picadillo de aquellas tierras, para repartirlas entre el pobreño. Me imaginaba disparando de mi nueva situación, como Martín Fierro ante la partida... ¿Qué diablos iba a sacar en limpio de todo ese bochinche?» (pág. 241).

De los tres elementos componentes de la fabulación de Fabio: a) desconcomiento del padre; b) evasión a lo Martín Fierro; c) reparto de tierras, no concreta ninguno. Pero resulta esclarecedora la connotación que adquiere el término «picadillo» en el con-

texto en que funciona. Un picadillo es precisamente el resultado de cortes desintegradores, ya que inutiliza las partes. Dividir las tierras y entregarlas a los pobres es hacerlas «picadillo».

4.º) *Primer signo explícito de aceptación del cambio*: «¡Qué raídas por el trabajo, las lluvias y el sol estaban mi blusita y mis bombachas! ¿Tiraría todo esto?» (pág. 241). Recuento de prendas. Imagen exterior del status. Primera duda sobre la inserción en su nivel social heredado. El pobre puede vestir mal (raído) siempre que vaya limpio. El rico va bien «empilchao».

5.º) *El último desarraigo*: En el comienzo del trabajo se vio cómo el pueblo parecía echarlo de sí, pero a partir de una separación iniciada por Fabio. Ahora nuevamente la segregación comienza siendo subjetiva.

Ejecutado el regreso: «Todo fue cordial, menos mi silencio. Por momentos, mientras adelantaba la oscuridad, me iba perdiendo de los demás, como si me fuese quebrando una serie de dolorosas coyunturas que me unían al mundo. En la misma charla de los tres hombres me sentía ajeno. Algo incomprensible pesaba sobre mi entendimiento». (pág. 242)

6.º) *Guacho = gaucho = libertad = rango, familia*: En la etapa del rechazo se plantea la oposición entre «patrón» y «gaucho», términos que luego no se verán como irreductibles. En principio el patrón es como el árbol, el gaucho como la nube. Ser gaucho es estar libre, ser patrón es estar prisionero. Es preferible la condición de desposeído en libertad: «...gaucho y guacho me parecían lo mismo, porque entendía que ambas cosas significaban ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo. Así hubiese sido hijo legítimo, el hecho de poder llevar un nombre que indicara un rango y una familia me hubiera parecido siempre una reducción de la libertad; algo así como cambiar el destino de una nube por el de un árbol, esclavo de la raíz prendida a unos metros de tierra» (pág. 245).

7.º) *Otro signo de aceptación del cambio*: Cuando el cambio es profundo, se deja de ser «uno» para pasar a ser «otro». «Uno»: lo que conforma la biografía personal; «otro»: la alteridad se patentiza en la medida en que faltan los nuevos esquemas de conducta. Aunque el tránsito del «uno» al «otro» se figura como «muerte», la transformación sólo es posible en la medida en que hay pautas en «uno» y que son las que predisponen, hacen tolerable, el cambio. Por eso en ese «otro» se encuentra algo «grande e indefinido»: «Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro... otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía así mismo una sensación de muerte». (pág. 246)

8.º) *Noción que Raucha tiene de sí y de Fabio*: «Yo soy un cajetilla agauchao y vos, dentro'e poco, vah'a ser un gaucho acajetillao» (pág. 247). Define, delimita, marca un hito: el cambio está iniciado definitiva, irreversiblemente, camino hacia el «gaucho acajetillao».

9.º) *Los últimos tres años (Posesión en la desposesión. Carencia de poder)*: «Tres años habían transcurrido desde que llegué, como un simple resero, a trocarme en patrón de mis heredades. ¡Mis heredades! Podía mirar alrededor en redondo, y decirme que todo era mío. Esas palabras nada querían decir. ¿Cuándo en mi vida de gaucho, pensé andar

por campos ajenos? ¿Quién es más dueño de la pampa que un resero?... la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y baquía» (pág. 249). Este planteo es tentador por lo poético, por la apariencia que escapa a la convención, a la cotidianeidad: el desposeído es quien realmente posee; el dueño es un auténtico pobre. Pero, gracias a la posesión de planos, es un pobre con poder, en cambio el resero, posee pero no puede. Además estos sentimientos están en contradicción con el hecho de que los campos tienen alambrados, y el resero para abandonar el camino, debe pedir permiso. En definitiva, se trata de un discurso que tiende a la reafirmación del orden establecido. La libertad y la posesión, siempre virtuales, no producen disconformes ni rebeldes.

10.º) *Definitiva configuración de Fabio como «patrón»*: El trío compuesto por Don Leandro, su hijo Raicho y Don Segundo terminan por quebrar las endeble resistencias de Fabio. Leandro, dueño de estancia y tutor, con sus consejos; Raicho, el heredero, con su cultura y sus viajes; Don Segundo, reforzando las razones de Don Leandro y el señuelo de la permanencia de tres años. Don Segundo logra que la asimilación no sea violenta ni traumática, porque el «Más sólido argumento fue recibir de Don Segundo la aceptación de quedarse en el campo» (pág. 250).

MARÍA VICTORIA REYZÁBAL y MYRIAM NAJT



Gauchos